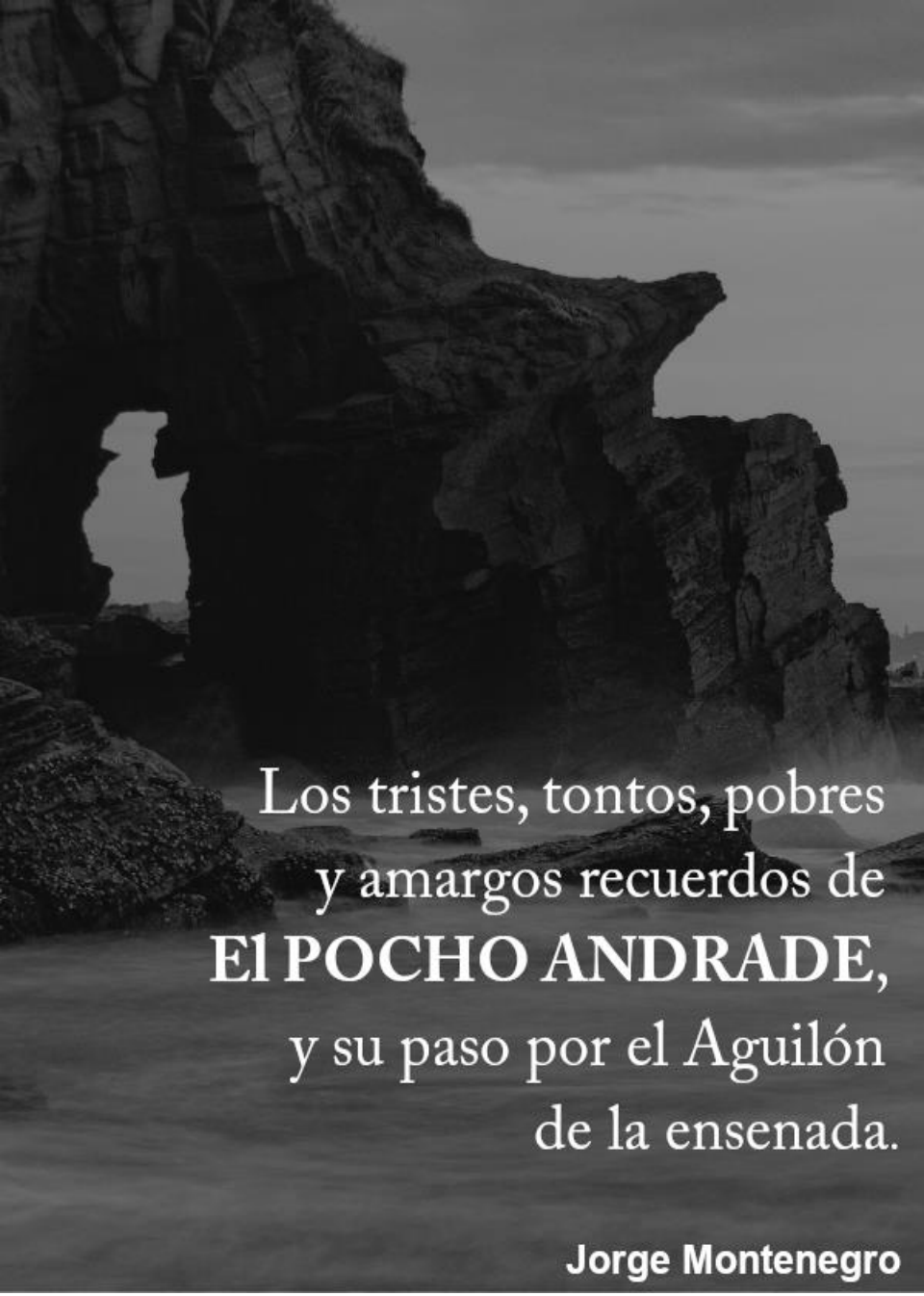




Los tristes, tontos, pobres
y amargos recuerdos de
EI POCHO ANDRADE,
y su paso por el Aguilón
de la ensenada.

Jorge Montenegro

Jorge Antonio Montenegro

Guatemala, Centroamérica 2025

© Derechos Reservados

ingjorgemontenegro@gmail.com

1era Edición Electrónica

Se prohíbe su venta

Se permite su reproducción total o Parcial con Permiso de su Autor

Los tristes, tontos, pobres y
amargos recuerdos de
EI POCHO ANDRADE,
y su paso por el Aguilón
de la ensenada.

Los tristes, tontos, pobres y amargos recuerdos de
EI POCHO ANDRADE, y su paso por el
Aguilón de la ensenada.

En una pequeñísima bahía, tan pequeña y olvidada, que ni siquiera el mar recordaba su existencia, solo el viento costeño se paseaba a sus anchas sobre la ensenada, los vecinos costeños también la conocían y hablaban de vez en cuando de su principal protagonista: El Pocho Andrade. Este emblemático personaje vivió en una gruta donde ningún ser se atrevía a entrar, tan oscura, lúgubre pero acogedora para su particular habitante.

Según cuentan los lugareños que El Pocho, se volvió loco, al encontrar a su mujer que yacía en su cama, en compañía de su amante al regresar a casa, otros decían que se había vuelto loco porque los mató, incapaz de contener su rabia, segado por su odio descuartizó a los amantes esa misma noche, huyendo lo más lejos posible de su terruño querido, impelido por recobrar su honor tomó un machete, dio zarpazos mortales sobre los dos cuerpos que yacían en la copulación pasional.

El Pocho se marchó a cualquier lugar donde podía huir de todo triste recuerdo de aquella escena que muy pocas veces o casi nunca comentó con alguien, a menos que le brindarán unos cuantos vasos de ron, donde su boca que

no podía dominar, externaba palabras formando historias poco creíbles, mientras sus oyentes escuchaban sus más tontos disparates, mientras relataba anécdotas de su pobre vida, absurda y sin propósito alguno.

Muchos se reían al escuchar aquellos relatos: De como tuvo una mujer que para él fue la más hermosa diosa que un mortal pudiera disfrutar, hablaba de falsos amores extraños embelesos, de caricias y besos, de la vez que conoció a su amada, en unos de esos y desdeñosos antros, cuchitriles llenos de inmundicia, pobreza y embriagues, donde se olvidan las penas y el mejor compañero es el licor.

Todos lo escuchaban atentos, cuando hablaba de la vida y la mala fortuna, de la mala suerte y la rigidez de la existencia que lo hizo nacer pobre, vivir pobre y morir en vida una podredumbre agonía, llena de aguda fatalidad e inmensa soledad, solamente él y la vida conocían su pasado; narraba el día que se sintió adinerado, porque le pagaron el doble de pesos por un encarguito que su patrón le solicitó, nadie se enteró de dicho encargo, pero cada vez que lo narraba soltaba carcajadas de amargo arrepentimiento, haciendo muecas con las manos como apuñalando a un individuo.

En una de las tantas ocasiones rogando por un vaso de aguardiente, mencionó a sus oyentes:

Como logró volar desde un risco en el Aguilón de la ensenada y sus manos tiesas y deformes por la artritis, evolucionaban en alas de un plumaje dorado, donde los rayos del sol se apagaban y envidaban su brillo, mientras sentía en su rostro el viento que lo aceptaba tal como era, que no le era ofensivo ni repugnante, donde sentía que su espíritu se amalgamaba con la brisa del mar y su mente regresaba a la cordura.

En cada nueva historia su palidez absorbía a los oyentes, pero llegaba el momento que su rostro mudaba, se transformaba en amargos recuerdos que solo su mente concebía, recordaba, abstraía, de sus ojos brotaban lágrimas de sabor agrio y dando gritos de

locura, llamaba a la muerte para que destrozara su ser, que moliera su cuerpo y que le permitiera abandonar este mundo que solo le había causado desgracias y desabridos momentos.

El Pocho tenía un coraje lleno de furia y frustración, cuando salía de aquella lúgubre cueva, su apariencia sombría llenaba de temor a cada testigo que le observaba caminar en su demencia marginal, hablaba solo, pero su mente formaba imágenes de grandes personajes, que según él lo acompañaban y que le brindaban la oportunidad de redimirse, con los cuales discernía, debatía y les gritaba por cada vez que le contradecían.

En sus largas caminatas por la playa, se acordaba que más de alguien le brindaba un plato de comida, sobras de aquellos comedores pueblerinos, que le apartaban su ración, a puntual hora el Pocho se apostaba sobre la esquina de cualquier lugar donde sirvieran comida, sin pronunciar palabra esperaba por la ración del día, comía poco, guardaba la mitad en una bolsa y siempre decía: *"El milagro de la vida recompense tu compasión, por este pobre loco que a gritos pide su redención"*

Aquellos que le escuchaban solo reían, mientras el pobre loco se alejaba; El Pocho, el simple y andrajoso viejo, que un día fue un gran mozo, y los azares del destino lo convirtieron en un fantasma de la tenebrosa gruta del Aguilón de

la ensenada, donde nadie se atrevía a visitar, y razón tenían porque más de alguno que por curiosidad se arribaba en medio de la oscuridad, tan solo escuchaba gritos y llantos incontenibles, demandando cordura y respuesta en sus palabras, vociferando: “Porque la vida permitía el sufrimiento”, “Porque el sufrimiento es parte de la vida”.

Un día de tantos, un par de muchachos decidieron aventurarse por el Aguilón de la ensenada, para ver al loco, que clamaba y exigía una respuesta, supusieron que la rutina de aquel viejo de exclamaciones y súplicas era una de tantas, sin embargo tomaron valor y decidieron acercarse un poco más, para ver más de cerca aquella escena de tanto bullicio,

pero escucharon más de una voz, se sorprendieron que el viejo hablaba con otra persona que tan solo veían de espaldas, resolvieron saber de quien se trataba, asomando sus cabezas por una orilla de la entrada de la fantasmagórica gruta, tan solo escucharon que el loco demandaba una razón por el cual no moría aún.

Estos muchachos solo veían de espaldas una figura con una capucha negra, sentada frente al Pocho, para determinar de quien se trataba, escucharon como el misterioso personaje le respondía, pero de repente este movió su cabeza para observar quien estaba a sus espaldas, girando tan solo la cabeza sin mover el torso o su espalda, mostró su rostro, el cual era

el rostro de la muerte que los veía con unos ojos rojos y penetrantes, fue tal el miedo de aquellos traviesos curiosos, que en medio de tropiezos, en gran carrera y con asombro decidieron regresar por donde llegaron.

Esa noche fue la causa para los habitantes de aquel pueblo costeño, que El Pocho fuera rodeado de enigmas creando muchas historias, incluyendo que hablaba con el mismísimo diablo, y nadie se atrevía en el Aguilón a pisar la ensenada y acercase a la cueva del viejo loco. Cuenta la leyenda de El Pocho en El Aguilón, una noche narrando sus historias que decía: “Yo no nací de mujer, nací de una Kaligary”, algunos de sus oyentes se burlaban porque decían – ¿Que es una Kaligary?, “Loco estúpido.”

Hubo uno que se atrevió a preguntarle –
¿Kaligary, y que es eso?

Mientras El Pocho recostando su brazo en la ventana de aquella cantinucha y permaneciendo de pie, porque nadie le permitía sentarse y acompañar alrededor de una mesa, así como se burlaban todos, así también les generaba miedo.

El Pocho le responde - Una Kaligari es una serpiente con alas, brazos y piernas, mi padre copulo con ella y de esa cuenta nací yo, esto porque mi padre me lo dijo y me lo aseguro. –

Con ojos de escepticismo lo veían sin hacer comentarios, pero otro le afirma – Por eso estás

loco, tu madre una serpiente prostituta que te parió. – seguido de una risa sarcástica.

El Pocho con una mirada aguda y un ademán burlón le confiesa – Lo de prostituta no lo sé, pero si me parió ¿Me das un vaso de aguardiente? – mientras sus ojos llenos de ira doblegaban la mirada de aquel que con su frase se sintió comprometido para llenarle aquella copa que El Pocho sostenía en su mano, mientras a carcajadas reía frente aquellos que por un momento callaron.

Las carcajadas proferidas, solo hacían dudar a su auditorio, porque nadie puede nacer de una serpiente. Sin embargo, El Pocho gritaba:

–MARISKA KALIGARI, nadie cree que me pariste
- Jajajaja, Jajajaja, - el día que puedan ver una
Kaligari ese día quedarán absortos de su belleza
no humana y de su malévola fascinación. –

“El Pocho Andrade”, así se había dado a
conocer con los lugareños de El Aguilón, aquel
viejo loco, quien bebía todos los días, llevando
auestas una amarga decepción, de
desesperación por dejar de vivir, quien afirmaba
tener poder para curar y enfermar, tan solo con
la mirada. Por supuesto que nadie creía
aquellas aseveraciones, pero se decía entre
comentarios que en una ocasión hubo alguien
que le negó una copa y tan solo profirió unas
palabras entre dientes, y a los días esta persona

cayó en una gran enfermedad que ni los médicos lograron identificar.

La bruja de El Aguilón, solo recomendaba que le dieran un vaso de aguardiente cuando él lo solicitará, porque El Pocho, no era más que la encarnación de Gamabiel, un demonio engendrado por serpiente infernal.

La gruta de la ensenada donde por años vivió El Pocho Andrade, era un cuchitril de apestosa ansiedad, los habitantes de El Aguilón lo comprobaron el día que descubrieron que este falleció, llevaba una semana de no pasearse por el pueblo, y muchos se preguntaban qué había pasado con el viejo loco.

El olor fétido y de muerte rodeaba la ensenada, y algunos recordaron que El Pocho en su última noche en el pueblo en la cantinucha que frecuentaba, se despidió de aquellos que le dedicaron un vaso de aguardiente o de ron.

En la última noche de su vida El Pocho Andrade, llegó a la cantina, no estaba ebrio, estaba lucido, como si hubiera recuperado la cordura, y tan solo confesó:

– Me llegó la hora, de partir, gracias mis queridos y especiales comensales, aunque nunca lo fueron, porque despreciaron mi compañía y se burlaban de mis personales relatos, hoy la fortuna me ha sonreído, nada me llevo, nada conmigo, así nací y así partiré, si

alguno dudó de lo que conversé en aquellas noches de putrefacta soledad, esta noche les confieso que una amada yo tuve, de mi amor fue dueña, a quien yo maté no por su amor sino por mi honra y mi desesperación al encontrarla en mi cama con mi padre el que me engendró, al filo de una hoja de hierro los asesiné, y de la vida deserté, para abandonarme en la locura, para conseguir olvidarme de todo, no encontré consuelo ni en la vida ni en mi encierro apasionado por olvidar aquello que me condeno a la demencia. Ahora seré libre de un cuerpo que aprisiona toda la fatalidad de mi existencia porque espero descansar, porque así podré olvidar mi más repugnante existencia. –

El cadáver de El Pocho Andrade, fue encontrado por el olor fétido que emanaba la cueva de la ensenada, alrededor del cuello tenía una serpiente, por constricción le libertó de su pasado, loco, absurdo, estúpido, tonto, triste y amargo.



JORGE ANTONIO MONTENEGRO

Escritor, ensayista, novelista y poeta.

Escritor e Investigador guatemalteco, analista político y económico, docente universitario. Empresario, Ingeniero Industrial, Licenciatura en Mercadeo, Maestría Ciencias de la Administración y Doctorado en Administración Pública y Dirección Estratégica.

Estudios en humanidades: Licenciatura en Teología y Doctorado en Religiones Comparadas.

Contacto:

Whatsapp: +502 3065-3663

Email: ingjorgemontenegro@gmail.com